LA VISITA DEL PAPA A GRAN BRETAÑA

H. HYSLOP

La reciente visita del Papa Juan Pablo II a Gran Bretaña hubiese agotado físicamente a muchos hombres más jóvenes. A lo largo de seis días (28 de mayo a 2 de junio), visitó Londres, Canterbury, Coventry, Liverpool, Manchester, York, Edinburgo, Glasgow y Cardiff, y pronunció, en inglés, un mínimo de veinte discursos. Se estima que un total de 1,9 millones de personas asistieron a las distintas funciones en las que participó el Papa. Esta cifra no incluye a los miles que le aguandaron a lo largo de las carreteras que utilizó, ni a los millones que le vieron o escucharon por la televisión [1]. Produjo un efecto magnífico en el público. Las manifestaciones esporádicas de algunos extremistas protestantes quedaron absolutamente silenciadas por un mar de entusiasmo católico y de benevolencia y admiración nacionales. Más de un protestante diría públicamente que Juan Pablo II no es, como algunos pudieran pensar, un potentado extranjero que lanza anatemas y excomuniones a diestra y siniestra, sino un sacerdote, un ministro del Evangelio que hace llegar los sacramentos a su pueblo y que basa sus discursos en la Sagrada Escritura. Fue precisamente esto, tal vez más que cualquier otra cosa, lo que llegó al ciudadano medio. Y fue por eso por lo que el Papa fue aclamado y vitoreado por todas partes, y no menos en dos catedrales anglicanas.

El tema en torno al cual había sido programado el viaje del Papa era el de los sacramentos. Predicó sobre cada uno de ellos, y los únicos que no administró fueron la penitencia y el matrimonio. Sus

1. Algún periódico comentó que no habían acudido las masas que se esperaban a las funciones del Papa. Este hecho, sin duda, se debe fundamentalmente a que, al no haber habido jamás precedente alguno, no había un criterio objetivo en torno al cual efectuar las estimaciones previas. Dado que la población católica de Gran Bretaña se cifra en alrededor de 5 millones, una asistencia de casi 2 millones puede considerarse como muy notable. Además, la televisión se esmeró en traer al Papa a cada hogar.

discursos sobre los sacramentos rebosaban de orientaciones prácticas [2]. Por el Bautismo, dijo, somos incorporados en Cristo: aceptamos su promesa y sus mandatos, somos liberados del pecado y transferidos a un reino de luz y de amor. Mediante el mismo sacramento somos, además, incorporados a la Iglesia, y así llevados a aquella comunidad de Fe que nos mantiene en la nueva vida a la que el sacramento nos ha traído. El Bautismo crea un vínculo que une a todos los bautizados. Esta unidad, no obstante, es sólo el punto de partida y requiere ser perfeccionada. Los bautizados tienen una tarea que han de realizar en común, una tarea de amor y de testimonio de la verdad. Por medio de la Confirmación, se confiere el Espíritu de tal modo que quien recibe este sacramento llega a la ciudadanía plena dentro del Pueblo de Dios. Así preparado, da testimonio de la verdad del Evangelio y se comporta de tal manera que santifica toda la vida humana. Dios llama a los confirmados a ser los instrumentos de su paz. La Eucaristía, que en el Antiguo Testamento aparece bajo las figuras del maná del cielo y del agua de la roca, proporciona a los seguidores de Cristo el alimento que necesitan en su caminar en la Fe. El alimento así proporcionado es el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo bajo la apariencia del pan y del vino. La celebración del sacrificio eucarístico es la fuente y la cumbre de toda vida cristiana. Cristo permanece en el corazón de aquel que comulga y transmite la inmortalidad.

En el sacramento de la Penitencia, Cristo sigue saliendo al encuentro de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, y los cura. El perdón de los pecados, que es la parte central de la confesión, es el regalo fundamental de nuestra Redención. Es de importancia crucial que los creyentes incorporen en una mayor medida este sacramento a su vida. Para los sacerdotes no hay tarea más urgente que su administración. El sacramento del Orden está orientado hacia la santificación del pueblo de Dios. Los que lo han recibido son los embajadores de Cristo en la misión de reconciliar el mundo al Padre. Han de ser hombres de oración y de penitencia. Han de compartir, asimismo, las alegrías, penas y frustraciones de sus fieles y deben visitarles en sus hogares. Nadie debe quedar excluido en su amor pastoral. En la celebración de los sacramentos, deben ayudar a los fieles a confiar en la misericordia de Dios y a traducir el amor al Redentor en obras de caridad. Los sacerdotes deben intentar establecer una comunidad de amor y respeto mutuo con su pueblo. Es muy de desear que los jóvenes entiendan que la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa será ciertamente dirigida a algunos de ellos, y que sepan que al responder afirmativamente a la llamada, encontrarán una alegría y una felicidad muy grandes.

2. Los discursos del Papa han sido publicados en forma de libro, tanto por *The Catholic Truth Society* como por *St. Paul's Publications.*

El Matrimonio es una alianza indisoluble de total entrega mutua. Es una decisión libre de vincularse completamente a otra persona escogida, en tiempos buenos y malos. Lleva a la creación de una familia en la que los hijos no sólo nacen, sino que son llevados a la madurez. Refleja la familia el amor mutuo de las Personas de la Santísima Trinidad. Así consolidada, la familia ha de ser un centro de oración para sus miembros y para los amigos, y un vínculo de unión entre las distintas generaciones. El vínculo matrimonial es indisoluble e irrevocable. Urge mucho a la Iglesia la proclamación de esta verdad. Muchos matrimonios, a lo largo de los siglos, han sacado del misterio de la muerte y resurrección de Nuestro Señor, la fuerza para dar testimonio de esta indisolubilidad. Los maridos y mujeres que no comparten la misma religión deben vivir su matrimonio de acuerdo con las esperanzas y dificultades que conlleva el camino hacia la unidad cristiana. Deben rezar juntos en la unidad del amor e invitar al Espíritu Santo a que halle cobijo en sus corazones y en sus hogares. Cada familia ha de procurar ser una verdadera comunidad de amor y debe extender su amistad a los desamparados, los pobres, los afligidos y a todos cuantos estén marginados en la sociedad.

Finalmente, la Unción de los enfermos beneficia al sujeto en toda su persona, es fuente de fortaleza para el alma y el cuerpo. Su fin principal es la unión con Dios, y aún en la ausencia de una curación, permite a los enfermos vislumbrar a Cristo crucificado en su aflicción. La sabiduría y poder de Cristo se hacen visibles, incluso para los demás, en la debilidad de aquellos que comparten su sufrimiento.

Entretejidas en estas reflexiones sobre el tema central de los sacramentos, había una serie de otras observaciones importantes. Al hablar de la Iglesia, el Papa subrayó con fuerza el tema de la *colegialidad*. Los obispos no están solos: Cristo les acompaña, el Papa les apoya, se apoyan mutuamente, reciben y gozan de la ayuda de sus sacerdotes, de las órdenes religiosas y de los laicos. De este modo la Iglesia se parece a una familia unida. Los *laicos* en particular han de compartir la responsabilidad por la vida litúrgica y apostólica de las parroquias. De especial importancia son los padres de familia y los educadores. Es tarea suya la preparación de los jóvenes de cara a la recepción de los sacramentos y a una participación más activa en la comunidad cristiana.

El objeto de la *educación* es el de completar a la persona, y el objeto de la educación católica es el de comunicar a Cristo, de ayudar a Cristo a entrar en la vida de los demás. El catequista no debe transmitir su propia selección de las enseñanzas de la Iglesia, sino que debe comunicar todo el depósito de la Fe sin omisiones. Es tarea de la universidad fomentar la adquisición de un conocimiento científico de toda la verdad, también la verdad moral y espiritual. Urge la reacción contra *los males de la sociedad*. El mundo ha perdido, en gran medida, el respeto por

la vida humana desde el momento de la concepción. El abuso del sexo y de las drogas arruina las vidas de muchos. Existe una tensión aguda en las relaciones internacionales, debido a menudo a una desigualdad excesiva y a estructuras sociales injustas. Muchos son engañados por falsas ideas acerca de las relaciones entre padres e hijos, por la extensión de una mentalidad contraceptiva y anti-vida, y por ataques contra la fidelidad matrimonial que la tachan de irrelevante y anticuada. Los emigrantes, las gentes de distinta raza, religión o cultura, sufren una discriminación y son blancos de una hostilidad continua. Los jóvenes son oprimidos por el paro, el alcohol, la pornografía, el crimen y violencia crecientes.

Tenemos una obligación especial de luchar por la *paz*. El alcance y el horror de la guerra moderna, nuclear o no, hacen que sea totalmente inadmisible como medio para resolver diferencias entre las naciones. La guerra no ha de ocupar sitio alguno en los planes futuros de la humanidad. La paz, con todo, no es simplemente la ausencia de la guerra. Entraña la colaboración y los acuerdos duraderos y ha de ser fundamentada pacientemente. No es compatible con la explotación de los pobres o los débiles, ni con la dominación extranjera ni con la imposición de ideologías. Es cosa muy saludable rezar y trabajar por el desarme. La *oración* constituye el elemento esencial de la vida cristiana, la condición indispensable del progreso en el conocimiento y en la virtud. El Gran Modelo de cada cristiano es *Nuestra Señora,* cuya proximidad y obediencia a Dios constituye un ejemplo que todos debemos imitar.

Esto, en esencia, ha sido el mensaje pastoral de Su Santidad al pueblo católico de Inglaterra, Escocia y País de Gales. Su visita a Gran Bretaña, aún con todo, aunque pastoral en sus líneas principales, tenía asimismo otro fin. Se trataba de un peregrinaje en favor de la unidad cristiana. Los dos acontecimientos más directamente relacionados con este objetivo fueron la reunión de la Catedral de Canterbury el 29 de mayo, y la visita a la Catedral anglicana de Liverpool el día 30. La reunión en Canterbury se desarrolló delante de un auditorio muy numeroso, en el cual se hallaba el Príncipe de Gales. Sus rasgos principales incluyen una alocución del Arzobispo de Canterbury; la veneración por parte del Papa y del Arzobispo de un manuscrito de los Evangelios enviado a Canterbury por el Papa San Gregorio Magno; la lectura de la Palabra de Dios; las oraciones recitadas por el Arzobispo de York (anglicano), el Arzobispo de Thyateira (ortodoxo), el Arzobispo de Westminster (católico) y el Moderador del Consejo Federal de la Iglesia Libre (protestante); una alocución del Papa; la renovación de todos los allí presentes de sus promesas bautismales; el ósculo de la paz; el encendido de velas en memoria de héroes cristianos contemporáneos tales como el Padre Maximiliano Kolbe y el Arzobispo Romero; una bendición conjunta del Papa y el Arzobispo de Canterbury; y una oración

silenciosa del Papa y del Arzobispo en el lugar exacto en el que fue asesinado, en plena catedral, Santo Tomás de Canterbury, el 29 de diciembre de 1170.

El Arzobispo de Canterbury evocó, en su homilía, la anterior unidad de todos los cristianos, que queda simbolizada por cosas que anteceden a la división, tal como el Símbolo de los Apóstoles; la unidad actual en torno a todo aquello que los cristianos comparten en común; y la futura unidad, que necesariamente ha de surgir de los esfuerzos y sufrimientos en los que todos participan. El Papa, por su parte, fundamentó su homilía en la oración de Cristo: que los seguidores de los Apóstoles sean uno entre sí como el Padre y el Hijo son uno, y esto para que el mundo pueda creer que Cristo ha sido enviado por el Padre [3]. Los cristianos contemporáneos —dijo— han llegado a sintonizar especialmente con esta oración. La Iglesia de nuestro tiempo es la Iglesia que, en obediencia al Espíritu, busca los caminos de la unidad. El Espíritu invocado el día de Pentescostés es un Espíritu de unidad y de verdad. El Papa por tanto suplicó a todos los cristianos, especialmente a los anglicanos, a que apoyasen el acuerdo redactado por el Arzobispo de Canterbury y él mismo sobre el empeño en favor de la unidad. Había venido a Canterbury —dijo— con el mismo amor que había inspirado a San Pedro y a San Gregorio Magno. Invitó a todos a abrazar con él el mandato del amor y a buscar la ayuda de Dios en su puesta en práctica.

La homilía de Su Santidad causó una excelente impresión y fue calurosamente aplaudida. Su presencia en la catedral anglicana de Liverpool, el día siguiente, no sólo fue recibida con aplausos, sino con vítores. La ceremonia en Liverpool fue más corta que en Canterbury, pero siguió las mismas líneas. Al terminar, el arzobispo anglicano y sus canónigos se trasladaron a la catedral católica, donde asistieron a la Santa Misa [4].

Después de la ceremonia del día 29 en Canterbury, el Romano Pontífice y el Arzobispo de Canterbury firmaron un documento que presentaron como declaración conjunta. Reza así:

«1. En la Iglesia catedral de Cristo, Canterbury, el Papa y el Arzobispo de Canterbury se han reunido en la víspera de Pentecostés para dar gracias a Dios por los progresos realizados en la tarea de reconciliación de ambas Comuniones. Juntos hemos escuchado la Palabra de

3. Cf. Jn 17, 20-21.

4. En Edimburgo los días 31 de mayo y 1 de junio, el Papa se entrevistó con el Moderador de la Iglesia de Escocia y otros líderes religiosos. Estas entrevistas, con todo, se parecían más a visitas de cortesía que a fases en un proceso de convergencia actual, como han sido las visitas previas a los anglicanos de Canterbury y Liverpool.

Dios, en compañía de los jefes espirituales de otras Iglesias y Comunidades cristianas; juntos hemos recordado nuestro único bautismo y hemos renovado las promesas que entonces hicimos; juntos hemos reconocido agradecidos el testimonio dado por aquellos cuya fe les impulsó a entregar el precioso don de su vida en el servicio de los demás, tanto en el pasado como en la época moderna.

2. El lazo de nuestro común bautismo en Cristo impulsó a nuestros predecesores a inaugurar un serio diálogo entre nuestras Iglesias, un diálogo apoyado en los Evangelios y en las antiguas tradiciones comunes, un diálogo que se ha propuesto como fin la unidad por la que Cristo pidió al Padre «para que conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí» (Jn 17,23). En 1966, nuestros predecesores, el Papa Pablo VI y el Arzobispo Michael Ramsey, hicieron una declaración común en la que anunciaban su intención de inaugurar un serio diálogo entre la Iglesia Católica Romana y la Comunión Anglicana, que «incluiría no sólo materias teológicas tales como Escritura, Tradición y Liturgia, sino también asuntos que encierran dificultades prácticas, propias de ambas partes» (Declaración común, párr. 6). Después de que este diálogo produjo tres declaraciones sobre Eucaristía, Ministerios y Ordenes, y Autoridad en la Iglesia, el Papa Pablo VI y el Arzobispo Donald Coggan, en su Declaración común de 1977, aprovecharon la ocasión para animar a la prosecución del diálogo sobre estas tres importantes materias, en orden a que las conclusiones de la Comisión pudieran ser evaluadas por las respectivas Autoridades mediante procedimientos apropiados a cada Comunión. La Comisión internacional Anglicano-Romana Católica acaba de terminar la tarea que se le encomendó con la publicación de su informe final. Y mientras nuestras dos Comuniones proceden a la necesaria evaluación de los resultados, nos unimos en un común agradecimiento a los miembros de la Comisión, por su dedicación, su competencia y su rectitud en una tarea larga y exigente, emprendida por amor a Cristo y por la unidad de su Iglesia.

3. La consumación de la tarea de esta Comisión nos impele a dirigir la mirada hacia la próxima etapa de nuestra común peregrinación en la fe y la esperanza de conseguir la unidad que tanto anhelamos. Estamos de acuerdo en que éste es el momento de crear una nueva Comisión internacional. Su tarea será de continuar la obra ya iniciada: examinar, especialmente a la luz de nuestros respectivos juicios sobre el informe final, las notables diferencias doctrinales que todavía nos separan, a fin de llegar a su eventual solución; estudiar todo cuanto impide el mutuo reconocimiento de los misterios de nuestras Comuniones; y recomendar los pasos prácticos que serán necesarios cuando, sobre la base de nuestra unidad en la fe, podremos proceder a la restauración de la plena comunión. Somos conscientes de que la tarea de esta nueva Comi-

sión no será fácil, pero nos anima nuestra confianza en la gracia de Dios y cuanto hemos visto realizado ya por el poder de esta gracia en el Movimiento ecuménico de nuestro tiempo.

4. Mientras sigue su curso esta necesaria tarea de clarificación teológica, ésta debe ir acompañada del celoso trabajo y de la ferviente oración de los Católicos Romanos y de los Anglicanos extendidos por todo el mundo, procurando crecer en la comprensión mutua, el amor fraterno y el testimonio común del Evangelio. Una vez más, pues, apelamos a los obispos, clero y pueblo fiel de ambas Comuniones, de cualquier país, diócesis y parroquia en los que nuestros fieles vivan los unos al lado de los otros. Urgimos a todos a que recen por esta tarea y a que adopten todos los medios posibles para fomentarla mediante la mutua colaboración en hacer más profunda su fidelidad a Cristo y el testimonio de El ante el mundo. Sólo con esta colaboración y oración podrá ser curado el recuerdo de las pasadas enemistades y superados nuestros pasados antagonismos.

5. Nuestros propósitos no quedan sólo restringidos a la unión de nuestras dos Comuniones, con la exclusión de otros cristianos, sino que más bien apunta al cumplimiento de la voluntad de Dios: la unidad visible de todo su pueblo. Tanto en este diálogo nuestro, como en los iniciados por otros cristianos entre sí y con nosotros, descubrimos en los acuerdos a los que podemos llegar, así como en las dificultades con las que nos encontramos, un renovado aliciente para abandonarnos completamente a la verdad del Evangelio. De ahí nuestra satisfacción al hacer hoy esta Declaración en la presencia, que agradecemos, de tantos hermanos cristianos cuyas Iglesias y Comunidades están ya unidas a nosotros en la oración y en la tarea en pro de la unión de todos.

6. Con ellos deseamos servir a la causa de la paz, de la libertad y de la dignidad humanas, para que Dios sea de verdad glorificado en todas sus criaturas. Junto con ellos, saludamos en nombre de Dios a todos los hombres de buena voluntad, tanto a los que creen en El como a cuantos todavía le buscan.

7. Este sagrado lugar nos recuerda la visión del Papa Gregorio al enviar a San Agustín como apóstol a Inglaterra, lleno de celo por la predicación del Evangelio y por el pastoreo de su rebaño. En esta víspera de Pentecostés, dirijamos nuevamente nuestra oración a Jesús, el Buen Pastor, quien prometió pedir al Padre que enviase otro Abogado para que estuviese siempre con nosotros, el Espíritu de verdad (cf. Jn 14,16), a fin de que nos condujese a la plena unidad a la que El nos llama. Confiados en el poder de este mismo Espíritu Santo, nos com-

prometemos nuevamente en la tarea de la unidad con fe firme, esperanza renovada y un amor cada vez más profundo».

La reacción pública a este documento y al aspecto ecuménico de la visita del Papa, en general, fue amable y favorable. Aún así, hubo una minoría de voces discordantes por parte de algunos protestantes que acusaron al Papa de ambiguo. No explicó claramente —dijeron— si invitaba a los protestantes a la unidad en igualdad de condiciones, o si por el contrario les invitaba simplemente a adoptar el catolicismo tal como existe actualmente. Estas acusaciones, por lo menos en lo que atañe al Papa, no parecen justas. No se puede esperar que en una visita breve como ésta, pueda el Sumo Pontífice exponer con detalle los puntos del *Informe Final* de la Comisión Internacional Anglicano-Católica que acaba de disolverse, ni anticipar las conclusiones de la nueva Comisión que va a ser nombrada. Además, nunca ocultó en sus alocuciones las convicciones que lógicamente comparte con toda la Iglesia católica. El primer día de su presencia en Gran Bretaña, dijo que la unidad creada por el bautismo no es más que un inicio que requiere ser perfeccionado; que así como cada obispo es el signo visible y la fuente de la unidad en su propia diócesis, de la misma manera el Papa es el signo visible y la fuente de la unidad de la Iglesia toda; y que la colegialidad ayuda a cada obispo a salvaguardar, en su propia diócesis, aquella unidad de la fe y la disciplina que son comunes a toda la Iglesia y que han de ser autentificadas por su autoridad universal.

Si es verdad, sin embargo, que no es justo acusar al Papa de ambigüedad, no se puede decir lo mismo, a mi juicio, de la Comisión Internacional que acaba de disolverse. Esta Comisión, en su primer informe sobre *La autoridad en la Iglesia,* hecho público en 1976, declaraba que, si los católicos alegasen que las iglesias que no están en comunión con Roma son algo menos que iglesias en el pleno sentido de la palabra, muchos anglicanos se sentirían recelosos ante la posibilidad de una reconciliación [5]. Esto de hecho crea un problema más grave de lo que la Comisión anticipaba o estaba dispuesta a admitir. No estar en comunión con Roma significa no estar en comunión con la Iglesia universal, y hay un acuerdo patrístico claro en el sentido de que el hecho de no estar en comunión con la Iglesia universal significa no constituir una iglesia en el sentido pleno del término [6].

5. Cfr. el *Final Report of the Anglican-Roman Catholic International Commission,* Londres 1982, pp. 64 y 65. Sobre este asunto, vid. P. RODRÍGUEZ, *El reconocimiento del sucesor de Pedro en el reciente Acuerdo Católico-Anglicano,* en «Scripta Theologica» 9 (1977), 587-622.

6. «...apud haereticos ecclesia non est, quia una est et dividi non potest...» (SAN CIPRIANO, *Ep.* 74, 4); «...haereticorum ecclesias..., quas non necessarias recusat Christus, qui est sponsus unius ecclesiae..., qui cum unam laudat caeteras damnat, quia praeter unam, quae est vera catholica, caeterae apud haereticos putantur esse,

La Comisión volvió sobre el mismo tema en su segundo Informe sobre *La autoridad en la Iglesia,* hecho público en 1981. Allí declara que el Concilio Vaticano II habría rechazado la posición de que la Iglesia de Dios era co-extensiva con el cuerpo de cristianos unidos con Roma, y habría permitido que se dijera que las iglesias cismáticas podrían tener todo lo que hace falta para constituir una iglesia, salvo la plenitud de la comunión con Roma [7]; de ahí —concluye la Comisión— que haya desaparecido una de las dificultades tradicionales de los anglicanos. Esta declaración, no menos que la anterior, suscitó una gran sorpresa. Pues el Concilio declaró que los obispos en comunión con el Romano Pontífice y que el mismo Papa, en ciertas circunstancias, son infalibles; y que, gracias a la existencia del Espíritu, nunca podría faltar el consentimiento de la Iglesia con respecto a sus definiciones [8]. Esto implica, de modo manifiesto, que hay un sentido en el cual la Iglesia de Dios es, precisamente, co-extensiva con el cuerpo de cristianos *unidos* con Roma. El Concilio, además, declaró que los cristianos separados de Roma no gozan de la plenitud de la unidad deseada por Cristo y por tanto la han de buscar [9]. Esto implica de forma manifiesta, a su vez, que la plenitud de la unidad de la que carecen los cristianos separados no constituye una cosa opcional al margen de lo esencial, sino un asunto obligatorio: pertenece al *esse,* no al *bene esse.* Es importante notar estos aspectos de las enseñanzas del Concilio, no para caer en el triunfalismo ni para humillar a los demás, sino para recordar al mundo que la Iglesia católica no ha traicionado su propia regla de fe ni ha contradicho un *consensus Patrum,* y para llegar a una idea clara de lo que pretenden lograr las discusiones ecuménicas.

Que el objeto que acabamos de mencionar no haya sido plenamente logrado en lo que a los anglicanos atañe, queda patente en una tercera declaración incluida en el *Informe Final* de la Comisión. Esta tiene que ver con la cuestión, planteada por los anglicanos, de si, en una Iglesia unida en el futuro, ellos tendrían que adherirse a dogmas como la Inmaculada Concepción y la Asunción de Nuestra Señora [10]. Esto evoca la visión de una confederación eclesiástica futura,

---

sed non sunt» (SAN OPTATO, *Contra Parmenianum,* 1, 10); «...nec haeretici pertinent ad ecclesiam catholicam, quoniam diligit Deum, nec schismatici, quoniam diligit proximum» (SAN AGUSTÍN, *De Fide et Symbolo,* 10); «Unam ut saepe dictum est quae Christi corpus est constat esse ecclesiam, quae in duo vel in plura dividi non potest: simul enim cum ab ea quisque recesserit, esse desistit ecclesia» (PAPA PELAGIO I, *Ep. ad Viatorum et Pancratium*). Cfr. S. L. GREENSLADE (anglicano), *Schism in the Early Church,* Londres 1953, pp. 8, 11, 18, 32, 115, 127, 147, 169-172, 174, 184, 198 y 212.

7. *Final Report* pp. 86-87.
8. *Lumen Gentium,* pár. 25.
9. *Unitatis Redintegratio,* págs. 3 y 4.
10. *Final Report,* p. 96. En la misma línea, un escritor anglicano expresó, en *The Times* del 4 de junio (p. 8), su preocupación por el hecho de que la Sagrada

en la que los ex-anglicanos estarían dispensados de creer en dogmas definidos por el Papa y por lo tanto en la infalibilidad papal, y consiguientemente en la infalibilidad del Papa y de los obispos de su comunión desde el Vaticano I hasta el presente. Resulta verdaderamente difícil encontrar algo tan diametralmente opuesto a las enseñanzas, no sólo de los Padres, sino del mismo Vaticano II. Por lo tanto, es muy de esperar que la nueva Comisión prometida en la Declaración común del 29 de mayo se centre directamente en el problema crucial de la infalibilidad e indivisibilidad de la Iglesia de Dios, y llegue a una solución aceptable [11].

Poco después del regreso a Roma de Su Santidad, un Miembro del Parlamento, en una entrevista televisada, dijo que según sus parientes irlandeses, la euforia propiciada por la visita del Papa a la República irlandesa había durado alrededor de tres semanas. Existe, no obstante, una distinción entre el caso de Irlanda y el de Gran Bretaña. Los irlandeses ya sabían de antemano que el Papa era principalmente un sacerdote, y el Papa sabía de antemano que los irlandeses le iban a recibir con entusiasmo. En Gran Bretaña, por el contrario, había muchos que se imaginaban que el Pontífice se preocupaba principalmente de la exaltación de su propia figura, y, si nos podemos fiar de los informes, parece ser que el Papa no conocía, con certeza, el tipo de recepción que iba a encontrar en Gran Bretaña. Así que la reunión entre el Papa y el pueblo británico asumió el carácter de una revelación mutua. Es precisamente esto lo que realmente cuenta. Los efectos de un encuentro jubiloso entre amigos, por desgracia, a menudo se esfuman rápidamente; en cambio, los efectos de una revelación mutua pueden ser más duraderos. Si la reconciliación puede fomentarse mediante el aumento de la estima mutua, entonces la visita del Papa a Gran Bretaña ha sido un hito importante.

Congregación para la Doctrina de la Fe, en sus comentarios sobre el *Informe Final,* arriba citado, apelaba al Concilio de Trento y al Vaticano I, como si todas las formulaciones doctrinales católicas fueran igualmente irreformables. Esta misma mentalidad se halla en prácticamente todas las páginas del libro del ya fallecido B. PAWLEY y su esposa, *Rome and Canterbury through Four Centuries,* Oxford 1981.

11. En la discusión entre católicos y anglicanos el punto esencial es si Lutero, Calvino, Cranmer, la Convocación inglesa de 1562, etc., son mejores autoridades sobre los contenidos del Evangelio que la Iglesia de Cristo, que El alimenta y cuida como a su propio cuerpo (Eph. 5, 29-30), que El une en la fe y en el conocimiento de Si mismo (Eph. 4, 11-13), y que posee la «unción de lo Alto», que la instruye acerca de todas las cosas, y que es verdadera y no mentirosa (I Jo. 2, 27). Muy pocos anglicanos responderían afirmativamente a esta pregunta si no fuera por el hecho de que se sienten en la obligación de defender su propia historia, como principio de lealtad. No queda excluida la posibilidad de que muchos de ellos, con una insistencia suave, se persuadirían de que la fidelidad de Cristo a su Iglesia es una verdad más evidente que el deber de seguir a los reformadores. Una cosa, empero ,es cierta: mientras los anglicanos mantengan el punto de vista de que la Iglesia de Cristo puede, en principio, ser acusada de error por el juicio privado, cualquier reunión que se lograse con ellos será esencialmente precaria.